

NOTICIAS DE LIBROS

J. P. SALTIEL, M. RAMPENBERG y J. P. ROCQUET: *La economía según Mao*. Sagitario, S. A., Barcelona, 1972.

A pesar del título, este libro no está enfocado exclusivamente sobre lo económico y lo económico-social en sus sentidos técnicos, sino que los utiliza como perspectivas de enfoque sobre la totalidad de las actuales realidades chinas en todos sus aspectos, sobre todo los políticos.

La obra de los tres autores de este manual francés, ahora publicada en español, se basa en que por la superficie, la población, lo antiquísimo de su civilización, el carácter extraordinario de su movimiento revolucionario y el peso de su demografía, China está influyendo cada vez más sobre el presente y el futuro internacional. Por otra parte, resulta que, a pesar de que ahora se dispone ya de una abundante documentación sobre la China de Mao Tse-tung, con obras en muchos idiomas, su misma abundancia y lo vasto de los temas dificulta que el conocimiento concreto y la información sobre datos precisos y actuales sean fácilmente accesibles y comprobables. La obra de Saltiel, Rampenberg y Rocquet trata de presentar un compendio lo más claro y estricto posible. Y el principal objetivo es subrayar que en los próximos diez años China constituirá una gigantesca entidad económica y política de cerca de mil millones de individuos, la cual pesará sobre

la totalidad de las relaciones y los intercambios internacionales.

El panorama completo de los principales apartados del libro se refiere a los problemas de la población; los de la sociedad rural; los de la transformación industrial; el Estado y la Administración, el presupuesto y los impuestos; el ejército chino; los intelectuales y el partido. Intercalados figuran otros temas esenciales, como los de la propiedad privada y las comunidades populares; la vida en Pekín; los conflictos entre lo «antiguo» y lo nuevo; las mutuas acciones y reacciones de la política y el profesionalismo; la enseñanza y la Revolución Cultural, etc.

Entre los sectores más interesantes y mejor detallados figuran los referentes al ejército. Sobre el papel que juegan los militares dentro del Estado y cara al exterior. Sobre las medidas tomadas para la modernización militar; los aspectos esenciales de la estrategia y los de la doctrina atómica china, etc.

Otro sector muy preciso es el que contesta a la pregunta siguiente: ¿Quién detenta el poder? Y respecto al partido, las de dónde provienen los hombres que lo dirigen; qué es lo que hacen y cuál es su principal implantación regional nacional.

Muy interesantes son las explicaciones que se dan para aclarar el hasta ahora confuso tema demográfico. Nadie sabe hasta ahora con exactitud cuántos habitantes tiene realmente China; cuántos nacen y mueren cada año; cuántos abandonan el país y cuántos regresan. El cálculo general, con un censo provisional hecho entre el 1952 y 1954, dio un total de 587.960.000 personas; pero los registros de recogida de datos fueron proclamados insuficientes (sobre todo en las comarcas rurales, donde la población es muy movable). La administración parecía incapaz de mejorar sus técnicas de registro. Diez años después habló Mao de que su país tenía 680 a 690 millones de chinos, pero que era una cifra redonda hipotética. Algunos anuarios mundiales de 1970 la han estimado en 760 millones. Desde 1958 predomina en lo oficial un punto de vista natalista; a pesar de los temores que el exceso demográfico hace nacer respecto al desequilibrio entre población activa y recursos alimenticios. De ahí que la presión china sobre todas sus fronteras presente un carácter de amenaza.

En cuanto a la cuestión de quién detenta el poder en China, se subraya que su historia siempre fue una perpetua oscilación entre fases de fraccionamiento y tentativas de unificación del territorio. La inmensidad del país, los aislamientos de algunas provincias, las fuertes minorías nacionales, etc., hicieron siempre muy difícil la centralización del poder. Desde 1949 el régimen de Mao ha dirigido todos sus esfuerzos a asegurar la unidad de China por la omnipotencia del Estado; el totalitarismo ideológico y un nacionalismo rayano en la xenofobia. Como en todos los países socialistas, el poder está repartido en China entre el «Estado» y el «Partido». Aunque con una mayor fusión y confusión entre los instrumentos del mando; pues los mismos hombres se encuentran en la mayoría de los consejos y los comités.

En conjunto el manual titulado *La economía según Mao* sirve para desempeñar un doble papel de introducción y resumen.

R. G. B.

FACULTÉ INTERNATIONALE POUR L'ENSEIGNEMENT DU DROIT COMPARE: *Les Organisations Régionales Internationales* (Recueil de Cours, fascicules I et II). Les Editions Montchrestien, París, 1971, 620+XVII pp. y 621-1.268+XXX pp. (Multicopiados).

La sede de esta Facultad Internacional para la Enseñanza del Derecho Comparado se encuentra en Estrasburgo, donde, en 1971, celebró su décimo aniversario. Estos dos fascículos recogen las enseñanzas impartidas en el curso 1970-71 y los textos no han sido alterados, lo que los hace menos «literarios», pero más espontáneos.

Se estudia sucesivamente por diversos profesores y especialistas esta tabla de ma-

terias: historia de las organizaciones regionales; su estructura institucional; sus poderes con respecto a los Estados miembros de estas organizaciones; las fuentes de su Derecho; las relaciones entre los órganos de estas organizaciones regionales y los órganos nacionales correspondientes; las relaciones exteriores, y, por último, las organizaciones regionales dentro de la sociedad internacional.

Abarca todo tipo de organizaciones de

todos los continentes. Cada capítulo tiene una serie de divisiones y subdivisiones que permite interpretar rápidamente la respectiva organización desde todos sus posibles ángulos, de acuerdo a la mencionada tabla de materias.

Se trata, evidentemente, de una obra tanto informativa como de referencia de uno de los centros de Derecho Internacional Comparado más reconocidos de todo el mundo.

T. M. V.

VICENTE PALACIO ATARD: *Cinco historias de la República y de la guerra*. Editora Nacional, Madrid, 1973, 143 pp. e ilustraciones.

El excelente especialista que es el catedrático de Historia de la Universidad Complutense don Vicente Palacio Atard en cuestiones de la guerra civil española queda nuevamente patente en cinco trabajos suyos, prólogos o artículos, que ha reunido en este libro. El primero, y posiblemente el más llamativo, es el ensayo que sirve de prólogo a *La revolución de 1934 en Asturias*, de J. A. Sánchez G. Saúco, que publicará esta misma editorial. La convulsión española de 1934 no puede comprenderse si se aísla del medio europeo en que tuvo lugar, sobre todo en Centroeuropa y Francia; pero la especificidad española también queda de manifiesto. De hecho, los socialistas españoles ya habían tomado su resolución sobre Asturias (octubre) antes de producirse el martilleo del austríaco Dollfuss sobre sus socialistas (febrero). La caída del bienio republicano-socialista en función de la ascensión de la CEDA había decidido de antemano la cuestión. Aun reconociendo el empuje notorio de la base socialista española, la cuestión estriba en saber cuál era el alcance que sus dirigentes quisieron dar al movimiento. La sorpresa que subraya Palacio Atard es que esta revolución fue una y otra vez anunciada a los cuatro vientos. No se pensaba, pues, en el factor sorpresa. Pero esto no era óbice para que no se

preocupara de confeccionar un programa ni de planificar la lucha armada. Una vez entró en erupción, todo se improvisó sobre la marcha. En realidad no había un plan de acción para la conquista del poder, «extraña negligencia, si es que de verdad se quería conquistar (1)». Y el Gobierno, a pesar del reiterado anuncio de revolución, estaba tan insuficientemente preparado como los revolucionarios. A efectos ulteriores la cosa tiene su miga, porque dos años después «las milicias populares de los primeros tiempos de la guerra civil resucitan la imagen de las milicias de octubre, incluida su desorganización y su falta de eficacia militar». Y sería esta eficacia militar del Ejército africano la que los insurrectos de 1936 retendrían para sus propios planes y que verían confirmados en los primeros meses de guerra.

Los tres ensayos que siguen tratan de la Iglesia y el Estado y sus relaciones cuando la República, cuando la guerra y los esfuerzos (o intentos) realizados por la República para reanudar las relaciones diplomáticas con el Vaticano durante la guerra civil. Los dos primeros han sido publicados en el *Diccionario de historia eclesiástica de España* (CSIC, Madrid, 1972, vol. II). Destaca el jacobinismo de la República desde su implantación respecto al factor religioso y eclesiástico, y los cui-

dados que tuvo tanto la iglesia española en general como el Vaticano en particular de congraciarse con el nuevo régimen. En el caso de la guerra, debate el término de «cruzada», o guerra religiosa, que demuestra se puso en circulación desde los primeros momentos de la guerra y no fue invención tardía, como algunos pretenden. El factor vasco, católico y separatista a la vez, es el que arroja más luz sobre la inmensa contradicción. En todo caso, sería uno de los nacionalistas vascos, Irujo, que como ministro de Justicia o sin cartera trató de reanudar las relaciones diplomáticas entre la República y el Vaticano. El prohombre eclesiástico que debía recobrar su sede era el cardenal Vidal y Barraquer, que en tantas cosas había desentonado de la media del episcopado es-

pañol. Pero el Vaticano nunca dio el paso decisivo ni el componente del lado republicano nunca tuvo la autoridad suficiente como para hacer volver las aguas a algo que pareciera su antiguo cauce. La contradicción de fuerzas que integraban el Frente Popular era excesiva para tal acto.

El último ensayo, titulado «El Arco del Triunfo de la Ciudad Universitaria», responde sólo en una pequeña parte a su título, ya que principalmente se dedica al golpe de Casado y sus consecuencias. No todo está desvelado en él, como en tantas cosas de esta guerra, de la que tanto se ha escrito. El Arco en sí (que se ilustra con buenas fotos) nunca ha sido inaugurado. Una curiosidad más de las que ofrece este país tan curioso.

T. M. V.

E. H. CARR: *La revolución bolchevique (1917-1923)*: I. *La conquista y organización del poder*. Alianza Editorial, Madrid, 1972, 470 pp. (Col. Alianza Editorial, 15).

Pocas veces podrá decirse mejor aquello de que más vale tarde que nunca. Esta *Historia de la Rusia soviética*, cuyo primer volumen, el aquí reseñado, se publicó en Inglaterra en 1950, ve la luz ahora en castellano. El gran historiador y especialista en historia soviética que es E. H. Carr tiene ya que introducirse en los años treinta en plena Rusia stalinista en su próximo volumen. Pero quedan bastantes por en medio. Es de suponer que la editorial española los publicará, no contentándose meramente con los tres volúmenes que cubren *La revolución bolchevique*.

La ambición del autor ha sido la de escribir una historia de Rusia desde la revolución de octubre, pero no una historia de acontecimientos (por lo demás existente en múltiples versiones), sino de la historia del orden político, social y económico

que surgió. Pero al hacerlo, no nos engañemos, Carr en no pocas ocasiones tendrá que penetrar en la tramoya de ciertas decisiones políticas—historias políticas—que hacen posible el orden que surge (o imposible que surja otro).

Consta este primer volumen de tres partes, con un total de 14 capítulos. La primera esboza con cierta amplitud «El hombre y el instrumento», es decir, Lenin y el partido bolchevique. Comienza con el encuentro de Lenin y Plejanov en Suiza, en 1895; la ruptura entre mencheviques y bolcheviques, la revolución de 1905 y los doce años que siguieron, para terminar con la revolución rusa en dos tiempos, que se desarrolló en 1917. De hecho, esta parte sirve de amplia introducción. La segunda parte trata de la estructura constitucional, con la consolidación de la dictadura del

proletariado y la ascendencia del partido dentro del Estado. En una amplia nota que acompaña desarrolla la teoría leninista del Estado. En la última parte aborda la cuestión de la dispersión y reunión de los territorios del fenecido imperio zarista. La revolución había precipitado la desintegración, atrayendo intervenciones extranjeras por todos los puntos cardinales. El genio político de Lenin se manifestó en este trance, evitando y reconstruyendo en tres años lo que parecía irremisiblemente perdido por 1918-19. En unos capítulos expone esta política, acompañada de la doctrina y maquinaria de que se sirvió; en otros enfoca las diversas partes de todas las Rusias afectadas por estos traumas. La constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas vino a ser un compromiso entre el centrifugismo del nacionalismo potenciado por la autodeterminación y el centripetismo buscado por el partido comunista. A fines de 1922 esta reintegración de territorios soviéticos se daba ya por supuesta. La doctrina bolchevique de la autodeterminación antes de 1917 se expone en una amplia nota, doctrina en la que tuvo una participación esencial Stalin. En su conocido trabajo

de 1913, el futuro dictador georgiano pensó puramente en términos propagandísticos y en línea del partido, en tanto que en 1917 y luego comenzó a pensar en términos de acción por el Estado, a lo cual puede añadirse que mientras antes de la revolución pensaba fundamentalmente como un miembro de una nación caucasiana, a partir de 1917 lo hacía ya como un gran ruso.

No sólo hay que congratularse por la edición española de esta obra, sino por lo bueno de la edición. Va provista de lista de abreviaturas rusas traducidas paralelamente al castellano, pero lo que es cada vez más raro en los libros: un cuidado índice de nombres y materias, que resulta imprescindible cuando una obra tiene que servir de referencia. Los nombres rusos han sido ortografiados con fonética castellana (Carr reconocía lo inadecuado de la transcripción cirílica a cualquier idioma, para su caso el inglés, no siguiendo por tanto los dictados, a veces verdaderamente exuberantes, de los lingüistas), con la particularidad de que se ha puesto acento gráfico en ciertos casos, verbigracia Mólotov. Se supone que tales acentos dan en el blanco.

T. M. V.

LUIS MARAÑÓN: *Latinoamérica en la urgencia revolucionaria*. DOPESA, Barcelona, 1972, 284 pp. (Documento Periodístico, 36).

El autor pertenece a la generación que todavía es joven (nacido en 1936) y a la especie de los que fuman en pipa, al menos para fotografiarse. Editorialista de muchos periódicos sin ser periodista, escritor y abogado. De su ficha parece deducirse que lo último es lo que le da dinero y lo demás le da nombre. Forma parte de la subversión de la época, en la que tantos se encuentran. No es la primera vez que

se asoma a Iberoamérica y debe ser especialmente entendido en asuntos centroamericanos, pues hasta Pemán puso prólogo a una de sus obras referida a ellos.

Consta el libro de cinco partes, si bien la cuarta abarca por sí sola más de los dos tercios del espacio. Por eso, y como explicaremos, parece deducirse que se trata de artículos y notas ya publicados, con alguna ayuda nueva, o bien que permanece

cían inéditos y que se publican ahora conjuntamente. Las primeras cuatro páginas son de explicaciones. «Para horadar la problemática latinoamericana hay que acercarse a la región con la retina limpia de prejuicios y etiquetas.» Estamos de acuerdo, y el autor cumple con este presupuesto, pues si en algunos puntos no está demasiado afortunado en la interpretación, no es por deformación ideológica, sino porque se le escapa el contraste clarificador con que «se apoya... o no encuentra. Vienen luego «tres apuntes» que bien pueden refundirse con el «epílogo», ya que tratan de lo mismo: Latinoamérica como un todo, con sus problemas globales y algunos contrastes. El primer apunte habla de «estudiantes, obreros y militares en voz única», lo cual es un tanto exagerado. Encontramos en falta el contraste obrero-campesino (con o sin tierras), así como el tratamiento del indio como masa marginada, pero politizable; el problema del poder dentro del formalismo constitucional y la sociología material, así como los giros (o falta de ellos en ocasiones) de la Iglesia o alguno de sus miembros calificados está logrado (y el caso de la iglesia colombiana lo está especialmente).

En medio queda el verdadero cuerpo del libro, que el autor divide en dos apartados: «cinco fotografías» (Brasil, Costa Rica, Guatemala, Perú y Bolivia, con una media de siete páginas por caso) y «cinco docu-

mentos» (Panamá, Uruguay, Ecuador, Cuba 1971 y Colombia, con una media de treinta y cinco páginas, si bien sólo Ecuador absorbe medio centenar). Estos desequilibrios espaciales y de tratamiento denuncian la procedencia heterogénea del material; esta suposición queda rubricada porque en cada caso (al igual que en los demás apartados) se acompaña una «nota del autor», poniendo al día su propio trabajo. Y así tenemos el caso en una misma página—la 257—, sobre Colombia, que concluye en que «Colombia navega, al fin, en aguas eficaces», cobijándolo nada menos que bajo el subepígrafe de «1974, año clave en el futuro colombiano»; pues bien, en la correspondiente «nota del autor» leemos que «el Gobierno de Pastrana da muestras claras de timidez y tibieza en sus decisiones. Le falta garra y valentía para captar y convencer al pueblo». Y es que fiarse del *establishment* político colombiano es ser crédulo; pero fiarse de un conservador del partido conservador es no haberse enterado de la cuestión. Afortunadamente, el autor tiene la gallardía de desdecirse a sí mismo sin autosuprimirse. Este solo rasgo ratifica su buena voluntad y la capacidad de absorción de la realidad iberoamericana. Hechas estas llamadas de atención, quiero subrayar que el libro se leerá gustoso como introducción general y mínima al complejo problema sudamericano.

T. M. V.

PAUL BAIROCH: *El Tercer Mundo en la encrucijada*. Madrid, 1973, Alianza Editorial, 342 pp.

Durante los últimos diez años el Tercer Mundo se ha transformado en una terrible pesadilla para la conciencia del mundo desarrollado. Se ha comprobado, sobre todo

a través de la ONU, diferentes organismos y organizaciones internacionales, asimismo en las regionales y mediante relaciones bilaterales, que el Tercer Mundo es una rea-

lidad; sin embargo, por muy enemigo que se declarase de los países desarrollados no vacila en pedir su ayuda. A pesar de toda clase de acusaciones de colonialismo, explotación y opresión, el mundo en vía de desarrollo intenta no solamente colaborar, sino también encontrar su propio camino como fuerza equilibradora entre los grandes bloques económico-sociales y políticos. Por otra parte, también es verdad que se exagera la pobreza del Tercer Mundo y casi se olvida de clamar contra la terrible desigualdad en el reparto de los bienes. Porque la ayuda exterior bien puede convertirse en un instrumento de enriquecimiento para unos cuantos, sobre todo en aquellos países en que el régimen político no es estable.

Generalmente, el nivel actual de desarrollo de la zona septentrional del globo se debe al largo proceso de industrialización que empezaría en Inglaterra a partir de mediados del siglo XVIII y a continuación en otros países llamados occidentales. Debido a este proceso, las sociedades tradicionalmente agrícolas se fueron transformando en unos núcleos de carácter eminentemente industrial. En efecto, la revolución industrial, en su primera fase algo lenta por cierto, es considerada como uno de los hechos más importantes de la historia de la humanidad.

Hasta finales del siglo XVII, las diferencias en los niveles de desarrollo económico y social de los distintos países eran de poca importancia. Los descubrimientos científicos obligan a la introducción de nuevas técnicas, capaces de transformar las estructuras vigentes en un tiempo relativamente corto. Hoy día las zonas subdesarrolladas experimentan este mismo proceso con más profundidad y aceleradamente, y por razones climatológicas sobre todo, hay y habrá diferencias considerables entre ellas. Las tres cuartas partes de la humanidad habían permanecido al margen de la revolución industrial, y si añadimos las colonizaciones, el Tercer Mundo se ha visto privado de posibles beneficios al ejemplo occidental prácticamente hasta los años cincuenta-sesenta del presente siglo.

El autor intenta dar una respuesta a los siguientes problemas: ¿Cómo se ha realizado el despegue de los países hoy desarrollados?, ¿por qué el Tercer Mundo no sigue el siglo XIX de Europa?, ¿cuáles son los obstáculos que frenan el despegue del mismo? El desarrollo económico ya no es una opción, sino un imperativo tratándose de una obra en la cual todos deben participar activamente, en primer lugar los propios países en desarrollo.

S. G.

JOSÉ ANTONIO GURRIARÁN: *¿Caerá Allende?* Barcelona, DOPESA, 1973, 271 pp. (Testimonio de Actualidad, 28).

Por rara coincidencia, el mismo día del golpe que terminó con Allende y el allendismo llegaba este libro a mis manos para su reseña. Se trata de un amplio trabajo periodístico, a cargo del conocido periodista español que es José Antonio Gurri-

rán. Ha recorrido Chile y conocido de cerca sus problemas y sus figuras y personajes relevantes, tratando de enmarcar la experiencia político-social protagonizada por el malogrado Salvador Allende, presidente de Chile durante casi tres años.

Para hacer más comprensible y vívido el laboratorio en carne viva que es la nación chilena nos ofrece ágil y agradablemente diversas estampas, situaciones y datos de importancia reconocida. Su primera toma de contacto con el país fue con motivo de las masivas invitaciones del gobierno de la Unión Popular a numerosos periodistas e intelectuales del mundo, entre ellos varios españoles; estaba igualmente Torcuato Luca de Tena («quien aclaró en nota a *El Mercurio* que él y otros españoles no habían sido invitados por el Gobierno, sino por Lan Chile»), aclaración que, retrospectivamente, explica muchas cosas ulteriores.

La serie de crisis, cada vez más frecuentes y virulentas, son detectadas y expuestas. La atmósfera chilena y el calvario de Allende se funden. Los desarrollos son cada vez más sintomáticos. El «¿caerá Allende?», es lo que todo el mundo, y sobre todo los chilenos, venían preguntándose desde el primer día; en realidad, lo que antes se preguntaban es si Allende, con su victoria relativa, llegaría a tomar el poder. Esto se lo debió al burgués partido democristiano que es—o era—menos burgués que el partido nacional, pero lo que hizo irremediable su acceso al poder fue el cretino asesinato del general Schneider comandante en jefe del Ejército, por elementos ultras de la derecha, con la intención de imputarlo a la izquierda y mover preventivamente y en consecuencia a las fuerzas armadas.

La habilidad y la decencia de Allende para sortear y trampear la carrera de obstáculos naturales y artificiales es bien conocida y Gurriarán lo hace bien explícito. Desgraciadamente el libro fue terminado en marzo de 1973, justo después de las elecciones legislativas, en las que contra todo pronóstico, no sólo Allende no salió

debilitado y hasta tal vez haciendo posible que la oposición unida lo hubiera podido desalojar de la presidencia constitucionalmente de haber obtenido los dos tercios de las cámaras, sino que consiguió aumentar en un 7 por 100 (aunque todavía quedase distante de la mayoría absoluta) los electores que le apoyaron con respecto a las elecciones presidenciales de año y medio antes.

A todas luces esto constituía una victoria para la Unión Popular, de la que Allende tenía que salir fortalecido. Y esta es la impresión del autor, que ve en las fuerzas armadas (a pesar de no descartar el golpe militar) el mejor garante de la continuidad constitucional. Pero precisamente porque las siguientes elecciones presidenciales no tendrían lugar hasta 1976, y dado el ritmo *in crescendo* de deterioración general, hacía suponer que la derecha unida no esperaría a que sus intereses quedasen más afectados. Sería la acción directa de este conglomerado centrista y derechista quien precipitaría las cosas y las fuerzas armadas tendrían que emplearse a fondo contra él. Pese a sus dudas, el autor se deja embelesar por la tradición de legalismo, por la habilidad de Allende y tal vez por un sentido común chileno para inclinarse a creer que la situación chilena aguantaría, mejor o peor, hasta las elecciones de 1976. Por eso cabía haber titulado el libro «Allende no caerá». Pero Allende cayó y supo tener su palabra, esas cosas tan fácilmente dichas y tan rarísimamente realizadas: «No me sacarán de “La Moneda” como no sea en un “pijama de pino”.» Un símbolo más, pero un símbolo máximo, encontrará su lugar en la historia y en la política.

El reportaje de J. A. Gurriarán es bueno por lo informativo, y honesto, por su intención. Pero tal vez, ateniéndonos al

título y a las conclusiones, haya separado, o no haya sabido unir, en demasía, realidades y deseos. Con ello también se demuestra que la futurología es cosa para el año 2000 en adelante, pero que todos podemos meter la pata si apuntamos a la semana que viene. Tal vez el autor hubiera podido aquilatar más la situación si no hubiera concluido con el impacto optimis-

ta de los resultados de marzo, que lejos de calmar la situación la excitó más. En lo que habría que interrogarse no es si Allende caía o no caía, sino por qué ha durado tanto, es decir, por qué no ha caído antes. Claro que el autor tiene en su haber una magnífica réplica: ¡Es tan fácil ser profetas hacia atrás!

T. M.

TABITHA PETRAN: *Syria*. Ernest Bonn, London, 1972, 284 pp.

Es una colección de libros sobre el mundo moderno, el dedicado a la república árabe de Siria presenta la particularidad de referirse a un país que ha venido figurando en la más palpitante actualidad política internacional, y, sin embargo, no es demasiado conocido por sus particularidades dentro del conjunto del Próximo Oriente. Dicho libro está escrito con propósitos sobre todo informativos de carácter general, pero no es precisamente una obra de vulgarización sino más bien un enfoque de los medios de tratar unas realidades nacionales que exceden los cuadros del Estado y del pueblo sirios.

En cierto modo la República de Siria puede ser considerada como un país de experimentos y reacciones respecto al total de los del conjunto del arabismo. Algunos de los expertos de lengua inglesa que han estudiado a Siria sobre el terreno han podido decir que allí se trata de orientar y centrar varios rumbos de todos los Estados arábigos arabizados.

La obra de Tabitha Petran está orientada y concentrada sobre la historia política siria más reciente, con un cierto deseo de objetividad, aunque sin poder evitar una tendencia sobre todo pesimista.

Un punto de partida de todo estudio sobre Siria y lo sirio contemporáneo es el

que se refiere a que en la sucesión de los problemas y los conflictos por que el Próximo Oriente viene atravesando, sobre todo desde 1949, y más aún desde que en 1961 se puso fin a la primera República Árabe Unida que formó Siria junto con Egipto. En 1967, Siria sufrió las consecuencias de la llamada «guerra de los seis días», por haber estado completamente desprevenida. Y desde noviembre de 1970, el equipo gubernamental, orientado y dirigido por el presidente Hafez el Assad, ha hecho los mayores esfuerzos para convertir a Siria en un Estado efectivamente moderno y bien capacitado. Lo ha conseguido en muchos aspectos técnicos de reformas planificadoras, pero en cierto modo ha fracasado en varios de sus empeños fundamentales de política exterior.

En el libro de Tabitha Petran se subraya el hecho de que en Siria existen bastantes contradicciones en sus aspectos geográficos humanos, de estructuras estatales y realizaciones sociales. Algunas de todas ellas se citan en dicho libro, y también se señalan las dificultades que existen para tratar de ellas coordinadamente. Tabitha Petran afirma que proceden de que Siria sólo constituye una «nación» en un sentido circunstancial y relativo. Que en cierto

modo Siria es «un Estado truncado», y que algunos aspectos dudosos han sido puestos en duda por los propios sirios.

Durante muchos siglos de su historia, el nombre de «Siria» designaba una gran región física natural que se extendía entre el Mediterráneo y la península de Arabia. Pero la actual nación siria procede de una creación casi artificial, que nació como una consecuencia de los acuerdos que después de la primera guerra mundial hicieron los poderes coloniales británicos y franceses, para repartirse sus respectivas zonas de ocupaciones y acciones coloniales. Así cuando Siria llegó a su independencia lo hizo dentro de unas fronteras recortadas y arbitrarias, rompiendo sus nexos con otras comarcas que eran sus prolongaciones.

Tabitha Petran subraya el hecho de que los gobernantes de Damasco, para determinar y sostener el papel de su nación recortada, tienen que actuar siempre en dos planos simultáneos, o sea el del «sirianismo» y el del «arabismo». Los ideales y los programas del movimiento Baaz, que vienen dominando desde hace tiempo, se basan en que Siria debe ser el eje natural de lo «arábigo»; pero sin que puedan imponer efectivamente ese criterio ni dentro ni fuera de su país.

De todo ello el citado libro británico saca unas conclusiones poco favorables. Respecto al éxito que tengan, los empeños democráticos del Baaz (en su rama siria) están en contradicción con las formas imperativas de sus aplicaciones.

R. G. B.

BEN H. BAGDIKIANH *La conspiración estéril y otros crímenes de la prensa*. Barcelona, DOPESA, 1973, 208 pp. (Documento Periodístico, 44).

... y otros crímenes de la prensa es lo que se ha añadido a la traducción del título. Se trata de la problemática política de los periódicos de Estados Unidos, a cargo de uno de esos periodistas que parecen sentar sus propios principios morales en un país donde demasiado sagrado se ha desacralizado, pero que se han sacralizado aún más cosas que no lo eran. Y naturalmente, a falta de cierta brújula operativa, cualquier genio, subgenio, geniecillo y panfletario pretende definir su norte.

Meterse con una Prensa libre en un país libre y donde la palabra libertad significa algo más que un símbolo es casi proceder a arrancar el trapito más exquisito de un *show* de *strip-tease*. Todo el asunto se ha envenenado y agudizado con moti-

vo de la publicación por grandes y majestuosos rotativos de lo que se dio en llamar *Papeles del Pentágono*, etc., y que ha hecho famosos a hombres diversos y periodistas que la opinión pública acepta, y a la larga no sabe si tratar como héroes o traidores. Un país, con la mortífera mitología del Oeste, el hipócrita retorcimiento en el tratamiento del problema negro y otros problemas no blancos, las *mafias* y *cosa nostras* siempre en el alero, no es incompatible que sea un país de ideales y ética, aunque ambas sean también fuente de millones.

De la misma manera que hablar de la OEA es hablar de Estados Unidos y otros veinte Estados latinoamericanos, también hablar de diarios en Estados Unidos viene a significar hablar del *New York Times*,

Washington Post, alguno más y luego otro millar y medio que se limitan a balar, contar chismorreos de vecindario, publicar algún *wanted* en primera página y hablar de *base-ball*. Naturalmente, cuando el moralista Spiro Agnew, en su cargo de consecuencias imprevistas, se larga a denunciar la mala prensa americana, no se refiere a la pornográfica ni a la del *base-ball*, sino a la liberal, que resulta la sistemáticamente enfrentada con el partido republicano. La inmensa mayoría de los demás periódicos son provincianos, localistas, chusqueros, conservadores o ultraconservadores. Pero he aquí que la irrisoria minoría de los otros periódicos, sin ser nacionales, son los que dan el tono y crean problemáticas a Pentágonos, Departamentos de Estado (o de otras cosas) y a la Casa Blanca, a sabiendas de que a la hora del desayuno los ocupantes de tales puestos de trabajo estarán sorprendidos de la columna, con calumnia o sin ella, de algún editorialista. Todas esas cosas y ciento más van desmenuzándose en este libro por un conocedor y practicante del asunto.

«Es arrogante por parte de un periódico saber algo y no confiárselo al público. Ocultarle la verdad al público es despreciarlo.» La lógica estriba en saber en qué consiste ese *algo*. Parece ser que ya todo es publicable excepto lo que afecta a la *seguridad* nacional. Ahora ya sólo basta

saber en qué consiste esa seguridad. Si se filtran cosas que se catalogan de *top secret* pero resulta que las nueve décimas partes son puras tonterías aburridas de tanto sabidas (más o menos los *Papeles del Pentágono*), entonces cada periodista de pequeño o gran calibre (¿quién define el calibre?) puede operar con su propio código y publicar lo que arramplé venga o no al caso. Todo eso parece demencial, máxime cuando prensas libres tan notorias como la británica no pasan por esos devaneos y no parece que la opinión pública ni la imagen del Gobierno británico sufran demasiado. ¿Pero cómo pueden operar y dar ejemplo los fautores de «Watergates» o los que se venden barato a alguna inmobiliaria o constructora y, sin embargo, están anclados en alturas de vértigo?

En Estados Unidos hay periodistas responsables. «Pero lo que predomina es el redactor irresponsable que elige al azar en el cajón interior de su escritorio un artículo que encaje, tanto teniendo en cuenta el espacio como su ideología, en el sagrado intersticio que, en teoría, constituye la razón de ser del periodismo: el espacio entre los anuncios.» Desde luego. Sólo que esto no pasa únicamente en Estados Unidos. Personalmente sé de algún periódico que no sólo toma el artículo que acopla, sino que lo recorta hasta que acopla.

T. M.

ALASTAIR HAMILTON: *La ilusión del fascismo (Un ensayo sobre los intelectuales y el fascismo, 1919-1949)*. Barcelona, Luis de Caralt, 1973, 336 pp.

Estamos ante un libro verdaderamente magnífico. Es un trabajo de excepción sobre cuanto se ha escrito del fenómeno fascista. Este se aborda desde la óptica de la llamada ilusionada (*appeal*) que por el

fascismo sintieron ciertos intelectuales, más numerosos de lo que parece, algunos de ellos de gran altura. El estudio se circunscribe a los intelectuales (normalmente escritores) de Italia, Alemania, Francia e In-

glaterra (el país menos castigado al respecto). El período cubierto es el que va de la fundación del fascismo por Mussolini a su derrota traumática en la segunda Guerra Mundial, es decir, un cuarto de siglo. El autor duda en hacerse a la idea, bastante común, de si el fascismo, que formalmente aparece con el final de la Guerra Europea, tiene o no raíces en el siglo XIX, o bien tuviera precursores en él, en cuyo caso piensa como M. Cranston de que es «erróneo que el fascismo en sí puede ser comprendido considerando ciertos arraigamientos teóricos».

Estas y otras aclaraciones fundamentales van condensadas en una introducción sin desperdicio, que nos da el tono y orientación comunes del ensayo. Algunas afirmaciones o sugerencias de Hamilton escuecen, sin duda alguna, y, sin embargo, se ven justificadas a lo largo del libro. No sólo considera imposible probar que las ideas de tal o cual escritor le llevan inevitablemente al fascismo, sino que afirma que entre intelectuales que hicieron fe de comunismo y otros que la hicieron del fascismo, la barrera que los separa parece tan débil que no evidencia dar de sí lo suficiente para permitir clasificar que tal tipo de psicología tienda al fascismo.

En todo caso, y esto es clave para comprender el éxito del fascismo, y en este sentido, en los intelectuales el fenómeno hay que comprenderlo en su momento, en su odio a la democracia, pero también en que todo hacía impensable que la apología de la violencia trascendería el papel en que era expresada y, mucho menos, que llevaría el mundo al cataclismo. Hace constar el autor de entrada que no acusa a dichos intelectuales y menos aún lo defiende, pero trata de comprenderlos en el caldo de cultivo de la situación histórica.

Los compromisos políticos de entre guerras destacan por su inconsistencia. Las potencias democráticas, que deberían dar ejemplo, traicionan reiteradamente sus principios. Las alianzas políticas resultan sorprendentes y hasta paradójicas. Entre democracia, comunismo y fascismo cabía una serie de combinaciones de alianzas, y los tres modelos que podían emerger encontraron eco y defensas en la *intelligentsia* de la época. En tal sentido cabían divisiones dentro del propio fascismo, unos buscando entendimiento con la extrema izquierda y otros haciéndolo con los nacionalistas. El autor cree que la categoría más auténtica de fascistas (entre los que se encontraban Malaparte y Drieu La Rochelle) era la «antidemocrática», que incluso podía contemplar con simpatía la experiencia comunista. Eran muchos los fascistas que «veían al comunismo y al fascismo rodando de modo paralelo».

Aparte ciertos aspectos conocidos, que el antisemitismo estaba ausente de la doctrina fascista y que su introducción fue hitleriana. El mito racial no era compartido por Mussolini ni por otros líderes fascistas. Pero también habría que subrayar que no sólo fue en la Alemania de Hitler en la que proyectó el mito en solitario. Los pogroms en muchos países eslavos habían precedido a la misma invención del fascismo como tal.

Visto fría y objetivamente el fascismo ni siquiera llegó a mito: no pasó de ser un puro engaño. Es lo que piensa el autor. Las pretensiones revolucionarias del fascismo se esfumaron en cuanto logró el poder. Y, sin embargo, consiguió conservar, cuando no ampliar, su capacidad de seducción. Si esto era explicable en la masa anónima, ¿cómo explicárselo en hombres de gran formación y hombres que se valían

del pensamiento y la razón cual se presupone que hacen los intelectuales? La vaguedad ideológica del fascismo y su falta de origen aceptado, la maleabilidad que con ello se posibilitaba, la profunda rebeldía de que hacía gala (el impacto en movimientos artísticos es bien conocido), su desafío de valores tradicionales y sociales, el mito del «hombre nuevo» (o superhombre), su solución apocalíptica..., todo ello ejercía magnetismo en no pocos intelectuales, los cuales «comenzaron a encontrar que el apocalipsis no sólo era inevitable sino deseable». Lo curioso del caso es que el fascismo se jactaba de ser antiintelectual, pero he aquí que «muchos intelectuales estaban de acuerdo en que en el nuevo mundo, al otro lado del apocalipsis, no habría lugar para intelectuales». Pero también el oportunismo e incluso el deseo casi sensual a veces de nadar contra corriente, provocar a colegas y a la opinión pública,

o la mera presencia de «caprichos, afectos, perversiones», el querer ser testigos de cerca y a poder ser desde dentro, hicieron que muchos intelectuales se hicieran fascistas. Podrían aducirse otros cientos de razones. El resumen es que «no había regla que las regulara, como tampoco hay una con la cual nosotros podamos juzgarla».

En los diversos capítulos nacionales el autor cala profundamente en las situaciones políticas, en los traumas de la guerra (sobre todo en la derrotada Francia), los giros de ciertos protagonistas; en resumen un excelente libro que bien hubiera podido titularse «Historia política-intelectual de la *intelligentsia* fascistas». El original, publicado en Inglaterra en 1971, lleva un prólogo de Stephen Spender; la traducción española, sin dar ninguna explicación, lo ha suprimido.

T. M. V.

ANGEL LAMAS ARROYO: *Unos... y... otros...* Luis de Caralt Barcelona, 1972, 640 pp.

Más de seiscientas páginas para cubrir apenas el primer año de la guerra civil española, circunscribiéndose casi exclusivamente a planes y operaciones militares, aunque no descuide el clima de guerra generalizado, no está nada mal. Dado quien las escribe, podrían justificarse; dado lo que dicen, son notoriamente excesivas.

El autor fue un militar de carrera que cayó *geográficamente* en el lado republicano cuando el 18 de julio de 1936 comenzó a precisarse la línea que dividiría dos Españas. Angel Lamas fue un militar de cierto relieve, como pueden atestiguarlo un número de publicaciones de tipo militar entre 1932 y 1936. Pero cayó del mal

lado, casando mal sus sentimientos y sus intenciones. Una y otra vez trató de pasarse a la España nacional, o por lo menos lo planeó. En realidad, su gran *handicap* era su numerosa familia, que temía dejar en la otra retaguardia. Por fin, la ocasión se presentó con la caída de Sautoña y Santander, cuando las líneas eran difusas y nadie sabía nada de nada.

El libro llama la atención, más que el interés, por diversas cosas. En primer lugar, por una brevísima introducción—media página—del superespecialista de esta guerra que es Ricardo de la Cierva y que, sin embargo, dice bastante en intencionalidad, teniendo en cuenta que el autor es

tomado más por símbolo que por entidad propia. Lo segundo que llama la atención es el título; mejor dicho, sus intermitentes puntos suspensivos. Lo que pretende el autor es una obra en tres partes. La primera —«Unos...»— narra su situación y experiencias en la zona republicana entre mediados de julio del 36 a principios de 1937; las operaciones de defensa de Madrid se lleva la mayor parte de ellas. La segunda parte —«Y...»— quiere ser un nexo con la inédita tercera —«Otros...»—. Dice que de lo episódico se pasa a «algo analítico del orden étnico, económico y político». En realidad lo que hace es expresar sus experiencias en el teatro de operaciones del Norte, en donde el lector penetra más íntimamente, es verdad, en el aparato militar, si es que puede llamarse así, del Ejército republicano septentrional.

Por doquier se nota la inferioridad de fuerzas, el despiste generalizado, los taifas provincianos, la desconexión. Tanto es así que uno, a tanto de serle repetido tantas

veces y desde tantos ángulos, se pregunta que por qué duraría cerca de tres años la contienda.

Otro de los aspectos que llama la atención es el estilo literario, verdaderamente sobrecargado incluso para los años treinta y cuarenta. La serie de indicaciones: presentación con dedicación, aclaración debida, etc., que preceden al libro nos alertan en tal aspecto. Y existe la inédita parte tercera: «Si llega a aparecer, describirá la zambullida en el mundo nuevo (...) Ya se verá lo que visible sea.» Es decir, su experiencia a partir de que se pasara o fuera hecho prisionero por los nacionales. Me da la sensación de que esta parte sí será de alto interés, aunque exceda en páginas al actual volumen. Claro está que si hemos tenido que aguardar un tercio de siglo para enterarnos de lo que ya sabíamos, ¿cuánto tiempo hará falta para saber lo que oficialmente no sabemos?

T. M. V.

EDUARDO PONS PRADES: *Los que sí hicimos la guerra*. Ediciones Martínez Roca, S. A., Barcelona, 1973, 221 pp.

Como bien hace constar M. Vázquez Montalbán en el prólogo del libro, éste se añade a la «precaria lista de obras testimoniales sobre la posguerra española». En realidad no es un testimonio más, sino un testimonio de mayor peso específico y concreción que algunos, entre los escasos, que se han ofrecido. El mismo *curriculum vitae* del autor lo corrobora. Nacido en Barcelona en 1920, se alista voluntario en verano de 1937 en el Ejército republicano, combate en distintos frentes y cruza los Pirineos en la retirada de 1939. Al estallar la Guerra Mundial se incorpora en el

Ejército francés y desde mediados de 1942 entra en la Resistencia, donde llega a mandar un destacamento volante.

Es hasta cierto punto un libro de recuerdos personales, pero todavía más un libro de estampas vívidas, sociológicas, de los españoles en el exilio francés y en campos de concentración alemanes hasta el final de la conflagración mundial. Tres docenas de libros y docenas de testimonios personales son utilizados, lo que indica un cierto grado de investigación, pero más aún de condensación de las distintas facetas de los exiliados. El libro es esencial-

mente interesante a nivel testimonial, existencial si cabe; en cambio, a nivel de interpretaciones de alta política y de tramoya diplomática, deja en no pocos puntos bastante que desear (la interpretación que da a la batalla del Ebro, porque, si bien evitará la caída de Valencia, hará inevitable la caída no sólo de Barcelona, sino de Cataluña entera; la visión sistemática de la política del «resistir», de Negrín, a partir de la resolución de la crisis de los Sudetes...), del mismo modo que es de apreciar el elogio que hace de Indalecio Prieto como «uno de los pocos dirigentes de la Segunda República con auténtica talla de gobernante».

Pero lo que justifica el libro es el testimonio del exilio, incluyendo la denuncia de los aberrativos franceses acogiendo a los refugiados españoles. El capítulo de campos de concentración galos (y no digamos los de exterminación alemanes, protagonizado por el bestial Mauthausen) es apabullante. Aparte de continuas presencias personales de tal y cual, se concretizan unas breves semblanzas de «hombres de acción», entre los que se sitúa Picasso y tres de sus «travesuras» contra los alemanes. En todo caso, una «travesura» del genial pintor bien conocida (la de que Guernica lo hicieron los alemanes, no él, dicho a los propios nazis ocupantes) atestigüa facetas del aperturismo en la política bibliográfica española. A este respecto, son simbolizantes algunos de los diálogos del libro. Así, por ejemplo, algunos, bastantes españoles, liberadas las regiones en las que operaban contra los alemanes, prosiguen

la lucha formal contra ellos, incorporados al Ejército francés:

«—Así que ahora os vais a liberar Alemania...

—No te coñees, madriles, que esto es una cosa muy seria.

—No, si yo no me coñeo... Es lo que yo digo: que a fuerza de liberar países os vais a quedar sin fuelle para liberar España.

—No te preocupes; si no lo hacemos nosotros, ya lo harán los otros.

—Sí, ya... La Solidaridad Quijoteeca Internacional. Hala, cuídate, paisano, que las sorpresas van para largo...» (pp. 179-180).

O bien, yo diría que el inevitable asalto de la raza: «Durante mucho tiempo sólo los deportados alemanes al servicio de las SS podían entrar en el burdel de Mauthausen. Fueron los españoles quienes quebrantaron tan triste exclusividad.» Claro que el quijote entra también en acción: «Pero, contrariamente a lo que era dable esperar en semejante trance, éstos usaron de sus contactos con las muchachas prisioneras, forzadas a prostituirse por las SS, para atraerlas hacia tareas más dignas: concretamente las de solidaridad.» Se descubrió el tinglado. Algunos españoles y alemanes fueron ahorcados. Las muchachas «fueron enviadas a los burdeles de las unidades disciplinarias del frente ruso». Esto ya no es de jurisdicción del autor. Para saber su destino hay que leerse el *Kaputt*, de Malaparte. Pero seguramente el lector lo adivinará.

T. M. V.

